

INGLATERRA COMO CASO HISTORICO

! H A M B R E !

El caso de Inglaterra es algo insólito en los anales de la historia del mundo. Sus casi tres millones de obreros parados son una amenaza viva para su tranquilidad y la consecuencia típica del desmoronamiento del capitalismo de la época actual.

El hambre es la causa de la mayor parte de las transformaciones históricas, aunque los historiadores oficiales quieran demostrarnos que lo determinan las variaciones en los regímenes humanos y la estructuración política de las sociedades obedeciendo a diversos motivos, tales como las guerras, o los deseos de algunos hombres de preeminencia histórica, o bien los motivos geográficos, de configuración del suelo, o aquellos otros que vienen de arriba, ya de lo espiritual, ya de alguna providencia sabia y reguladora.

Las transformaciones sociales las va determinando la manera de producir, la forma en que los hombres actúan en la vida, la realidad que impone a los seres una mejor forma de acomodación al medio, con miras, casi siempre, a su bienestar.

La frase de Carlos Marx se afirma cada vez más: «La realidad determina la conciencia.» El hombre hace la historia. La acción precede a la idea. La idea no hace más que, a lo sumo, reorganizar sobre lo real y modificarla tenuemente.

El mundo entero está dando en la actualidad la razón a esta teoría. Como la economía está desequilibrada, la vida está desequilibrada también. Los consuelos divinos no bastan a los hombres para compensarles del hambre que padecen. La Providencia no es suficiente para aquietar y dulcificar las relaciones terrenas. Ni aun los ofrecimientos illusorios de una dicha ultraterrena convencerán a la gente de la necesidad de su misión.

El mundo se halla en rebelión con su pasado de quietud; ya no espera el Mesías redentor, sino que quiere ser su propio Mesías y se dispone a ser actor principalísimo de su Gobierno y de su historia.

Ahora ya no lucha con una religión que le impone su dominio y su servidumbre; ahora lucha con un principio humano de fuerza y de egoísmo: contra el tabú del orden. El orden, en la economía burguesa actual, ha suplido a la fe de otros tiempos. Tan tiránico es lo uno como lo otro. Sin embargo, y aun con la fuerza, el propio capitalismo se hunde a pesar suyo, corriendo por sus propias contradicciones. «Se está librando, por sí mismo, su propia sepultura.»

La máquina, una fuerza mecánica al servicio del hombre, se está volviendo contra sus propios servidores.

A través de las mismas revistas capitalistas se observa la formidable quiebra que se está fraguando.

La *Gillette Safety Razor*, una gran compañía americana, muestra en sus balances un beneficio actual de 14 céntimos por acción contra 29 dólares que correspondieron al año pasado.

En el Canadá el número de quiebras registradas durante el segundo trimestre de este año ha sido de 492, representando un pasivo de 7.555.000 dólares.

Las exportaciones japonesas de tejidos de seda artificial, una de sus importantes industrias, se cifran este año en 9.900.000 yens contra 19.000.000 yens del año pasado.

En la Argentina, a pesar del hambre, prefieren los propietarios sembrar lino en vez de trigo.

Un consorcio francés ha adquirido la importante azucarera checoslovaca de Paek, que estaba cerrada de mucho tiempo.

Las ventas de sales de potasa en Alemania han disminuido en un 30 por 100, teniendo que paralizar su extracción. Sólo en una empresa han sido despedidos 600 obreros de los 700 que comprendía.

Francia, país en donde era menor grande la crisis del paro, hoy ya algunos millones de parados, al extremo de que la Cámara francesa va a estudiar pronto un proyecto para solucionar este conflicto.

De España no digamos. Cada vez es mayor el número de obreros sin trabajo, y más numerosos los conflictos sociales que se presentan.

Pero lo que más ha extrañado y quebrantado la moral capitalista ha sido el resquebrajamiento de la economía inglesa. Muchos son cerca de tres millones de obreros parados, pero una nación de tan grandes reservas no parecía ofrecer peligro de hundimiento. Y, sin embargo, se ha hundido.

Se puede decir que Inglaterra ha sido víctima de sus propias colonias.

Sus hijos menores han llegado a la mayoría de edad, y eso es todo. Poco ha durado el perfeccionamiento de las industrias del reino del capitalismo de las metrópolis. Llegado a lo necesario lo que la madre les mandaba.

«He aquí un ejemplo típico de los inconvenientes del capitalismo».

La estadística nos daría la clave de este aserto.

Inglaterra ha desarrollado en estos últimos tiempos una gran actividad financiera mundial y acrecentado los beneficios de su comercio en detrimento de su actividad industrial.

La crisis de su industria empieza a notarse en los años 1920 y 1921. Reestructuramos la progresión de obreros parados de esta fecha:

Enero	1921	1.010.000	6'4%
"	1922	2.003.000	14'2%
"	1923	1.511.000	13'3%
"	1924	1.025.000	0'8%
"	1925	1.307.000	11'2%
"	1926	1.252.000	11'1%
"	1927	1.490.000	12'1%
"	1928	1.330.000	10'7%

"	1929	1.453.000	12'1%
"	1930	1.479.000	12'6%
Julio	1930	2.070.000	17'1%
Enero	1931	2.663.000	21'5%
Julio	1931	2.732.000	—
Septiembre	1931	2.850.000	—

Lo que inquieta ya no es la cifra de obreros parados últimamente, sino su permanencia y su tendencia a agravarse, porque en el año 1922 también llegó a una cifra importante, pero se redujo.

Las industrias más resentidas son las llamadas de exportación: carbón, construcción naval, mecánica, metalurgia, algodón y lana, precisamente aquellas sobre las que se basaba la prosperidad inglesa.

Esta crisis es de orden exterior, precisamente del retroceso de los centros no capitalistas del mundo, indispensables como mercados de la economía capitalista. La consecuencia es lógica: estos mercados disminuyen sus compras a medida que se industrializan. Salvo esto, la solución sería fácil: no dejar que se industrialicen los países atrasados. Mas eso no lo puede impedir de ninguna manera el sistema. Es una rueda lanzada en la pendiente de un precipicio. Si para, además, es imposible, se hunde; y si sigue adelante, se estrella. Es algo fatal. Es algo inevitable que sobrevendrá aunque no lo empujen. Ahora, que los que intentan recoger esta herencia han de saber pararla a tiempo, en su punto conveniente para que el choque no sea ruinoso. ¿Cómo? Con inteligencia. No con la fuerza.

Hay que saber aprovechar lo que de aprovechable tenga y substituirlo con un rodaje adecuado para que no empiece una nueva pendiente, que nos lleve también al precipicio.

Inglaterra ha encontrado un competidor en cada país donde se ha implantado el sistema capitalista y, por lo tanto, un mercado menor.

La nueva organización económica socialista no debe ver competidores en ninguna parte, sino cooperadores en la obra común. Donde haya crisis agrícola, que reduzca su capacidad de absorción, como en América latina y la Europa oriental, hay que favorecerla con créditos y restablecer su economía, mientras se contrabalanca con la industria necesaria. Donde ocurra, como en el África ecuatorial y meridional, que no haya posibilidad de mercado a causa de la débil densidad de su producción, se le ayuda y explota racionales su suelo, compensándolos con el ofrecimiento de lo que les falta. No por dejar de ser un buen mercado se debe abandonar a su suerte. Lo que ocurre es que hasta ahora, la economía actual sólo mira las cosas, y esto es inhumano. Hay que mirar al hombre y no a los objetos. Quizá el mayor fracaso de esta manera liberal de producir se deba a la desvalorización del ser humano. El capitán de industria sólo cuenta objetos y equivalentes monetarios; los hombres son meros instrumentos. Y es el hombre quien debe contar: no las cosas.

A Inglaterra se le presenta un problema trágico. De vida o muerte. De dominadora a dominada. Todos sabemos que este naufragio no se basta a sí misma sin los tentáculos de sus colonias. Pues bien; si esta colonias se independizan y, además, como está ocurriendo, se le van cerrando los mercados del Japón, India, Canadá, Australia, y si le empiecen con ventaja, por su utilidad moderna, los americanos, alemanes, franceses, etcétera, no sé lo que va a ocurrir. De no tratarse de esta economía egoísta, ante la necesidad, las otras naciones irían en su auxilio; pero, ¡buenos están los otros países para ayudar! Atentos, que la conciencia capitalista es un arma legal, legítima, que no olvida víctimas con tal de imperar y enriquecerse.

Sólo le queda un recurso, que será el que intentará probablemente: la explotación intensificada de las clases trabajadoras, el descenso de su nivel de vida, la agravación de sus condiciones de trabajo y la reducción de su potente legislación del trabajo, fruto de tantos años de lucha.

Por lo pronto, MacDonald, líder socialista, que por sus ideas debería atemperar sus disposiciones al deber de sus compañeros, no se le ocurrió otra cosa que rebajar el subsidio a los obreros parados. A unos hombres que apenas pueden obtener lo mínimamente indispensable se les rebaja en una proporción enorme comparado con el recargo en las clases pudientes. A un capitalista se le rebaja la renta en un 1 por 100, mientras que al que nada tiene le disminuye en un 10 por 100.

Las economías que precedió el Gabinete MacDonald dio motivo al lanzamiento de 400.000 obreros más al mercado de parados.

Con razón decía el famoso economista Keynes, que esta medida era un franco capitulacion ante el clásico conservadurismo inglés.

Los asaltos y los luchas de los obreros con la vida de la mayoría de los seres. El que condena a un pueblo a morir de hambre merece que el pueblo le condene a su anulación histórica.

«¡Bastante ha de hacerse el proceso del capitalismo, en cuyo julio, el pueblo, convertido en fiscal, creará una nueva figura de delito: la de ser capitalista.»

Pues no se puede impunemente jugar con la vida de la mayoría de los seres. El que condena a un pueblo a morir de hambre merece que el pueblo le condene a su anulación histórica.

Refutando falsas afirmaciones

La lectura con exceso tiene también sus inconvenientes y no es el menor el halar se con abortos que producen náuseas por el cinismo que en ellos vierten sus autores.

Sin duda alguna, no es de los menores el que ha hecho su aparición en el órgano confederal «Solidaridad Obrera» de la Coruña, del día 31 de octubre pasado, y que firma un tal Juan López.

Conociendo el firmante como le conocen los trabajadores del Ramo de Construcción de Barcelona, que le cortaron al nacer en sus medios los vuelos ambiciosos que guían sus pasos que le han tenido sujeto al forzoso ostracismo por indecible. Sabiendo de quien parten las descargas de haber de comprenderse que no es la sorpresa de la actitud y lenguaje empleado el que nos obliga a una contestación aclaratoria y afirmativa, sino el peligro de que sus apreciaciones mordaces y absurdas tengan eco e innumeradas desconocidas del ambiente en que se desenvuelve la lucha social en Cataluña.

La primera observación que nos sugiere el escrito de Juan López es que nos hemos referido a la extraordinaria contestación después del tiempo transcurrido, más de dos meses, y apelando a los medios legítimos de Galicia, sin haber pretendido, como oportunidad y en el lugar de gestión apropiado, el entablar el debate que inicia. No salimos en defensa del compañero Garcia Oliver, por cuanto no desconocemos que sabe muy bien hacerlo personalmente, pero si a protestar y ver la forma de terminar con los hombres sin escrúpulos que circulan por nuestros medios y que su aumento constante produce serios cuidados y perjuicios a la organización confederal y a las ideas.

Las palabras vertidas por el camarada Garcia Oliver no son las que constan en el escrito de Juan López, son parecidas pero no iguales. Ha procurado ponerlas en condiciones susceptibles de crítica y ha silenciado el pensamiento real que entraña la disertación terrible lanzada en el Pleno de Sindicatos de Cataluña, que consiguió el desmoronamiento e imposibilitar su defensa a J. Pérez y A. Pestana y similares adjuntos, puestos al desnudo crudamente. Las deducciones que gratuitamente hace Juan López son dignas de su pequeñez y del engrandecimiento de bilis que siempre le acompaña.

Eso no obstante, la indiferencia que nos merecen sus siempre desorientadas y descomulgadas palabras hubiera contenido igual al no vislumbrar una merecidísima intención dañina en su fondo en el trabajo que nos ocupa.

Recordamos con sentimiento la indudable inconsecuencia de bastantes camaradas que residían en Francia durante el primer día de la dictadura franquista de Primo de Rivera, que no advertían que sus palabras y escritos tenían repercusión dolorosa en la Península, produciendo como natural consecuencia persecuciones y emboscamientos entre las camaradas que luchaban con cuantos medios disponían sin moverse del país.

Aquellos no era malicia, lo sabemos todos, era incompreensión. No así en el caso presente que ante una represión incesante contra los mal calificados de extremistas que van llenando las cárceles de la república, se procura señalar con descaro la posición determinada de un compañero. Antes les damos a esos hechos el calificativo ajustado, suponemos que los tiempos reformando las costumbres y transformando todos los sentidos éticos había padecido también cambios que admitan como inocentes y naturales las mayores indolencias.

Siempre señalando y llenándose las prisones de extremistas, el tiempo entregará una contestación definitiva. Mientras eso llega siguen las ventajas insubstanciales, que la estructura industrialista ha de entregar a la organización manteniendo el código y tranquilo postulado de prepararse y estructurarse para cuando los destinos nos llamen a ejercer las teorías que son nuestra razón de existencia que serán cuando nos hayamos fortalecido y organizado en paz y fuertemente. Como todos admitimos que la demostrada torpeza del enemigo demerá que preparemos su enfrentamiento con la benevolencia y afecto que le caracteriza, esperemos a encontrarnos con la fuerza estructurada e invencible con que soñamos hacer milenios y los archienemigos sanguinarios que presenciamos con la ciencia conseguida que destruye una vez más nuestros efectivos y cierra nuestros organismos confederales. Lo admitimos como necesario sin importancia.

¿Nosos? Seguramente, pero los hechos sucediéndose por el orden lógico y correlativo para la seguridad de los contrarios, hablan con más precisión que nosotros. Y que sean los López que existen escrupulosos bilis o veneno y señalando incoherentemente a cuantos importunan e impiden sus designios.

No habrá ergástulas bastantes porque las ideas anarquistas no pueden mediatizarse ni cubrirse con districes.

Lucel Ruiz, Cristóbal Aldabete, José Mañá, Manuel Hernández, Manuel Mañá, Manuel Rodríguez, Antonio Robles, Juan Alonso, Abdón Cobello, Jaime Revor, Guillermo Latorre, Ricardo Gorreró, Prudencio Rando, Cándido Besto, Manuel Latorre, Guillermo Granados, Basilio Hernández, Francisco Morales, Benito Esteban, J. Clemente, Arturo Puerca, Santiago Illano, Angel Almer, Manuel Danlana, J. Herrera, Ramón Cortés, Julio Jordán, Domingo Varela, Manuel Mesquero (hijo), Tránsito Mesquero (hijo), Manuel Gómez, Vidal Cruz, José García, José Moreno, Vicente Granos, Enrique Figueroa, Pedro Luna, Joaquín Querol, Domingo Delgado, Pascual Alá, Pedro Cruz, Ramón Gilme, Joaquín Abú, Vicente Vidal, Pedro López y Francisco Acaño.

García Celular de Barcelona.

Tipos conocidos

El arrivista

De todos los productos de la sociedad, sin duda, es el arrivista el que cuenta con más generales antipatías. Y aun con el mayor desprecio de esa misma sociedad que ante él se desmorona cuando le ve que ha alcanzado las cumbres más elevadas.

El arrivista inspira esa aversión casi instintiva porque no repara en los medios que emplea para su ennoblecimiento, que son, por lo común, inconfesables. No se cura sino del fin que persigue: llegar, sea como sea. Para él el fin justifica los medios. Esta es su divisa. Una divisa que será muy práctica y que conducirá infaliblemente al éxito, no lo duda, pero de una inmundicia tal que asquea y repugna aun a los más tolerantes con las miserias ajenas.

Un arrivista lo sacrifica todo al logro de sus deseos; no hay baja de la que no sea capaz ni humillación que no sufra estobalmente, ni erumen que no cometa, si lo estima conveniente para el logro de sus ambiciones y se le presenta el caso de perpetuarse con relativas seguridades de impunidad.

El arrivista es un producto que tuvo su cuna en la escuela de la sociedad. Su espíritu está envuelto en inmundicias que le protegen como una coraza, hunde a detritus su pecho, que es exorable estereotipo donde viven en abyecto matrimonio todas las bajas pasiones, y en el que no brota jamás la rosa de la más modesta de las virtudes. No siente amor hacia sus semejantes. Se ve odiado y despreciado por sus propios méritos y corresponde con el mismo desprecio y odio, si bien colmadas. Lo que no le impide, sin embargo, aprovecharse de cuantos le rodean para hacer de ellos escalones para su ennoblecimiento.

Si no existiesen otras razones más poderosas, esta última sería suficiente para hacer abominable al arrivista.

No cabe dudar que la vida moderna ha contribuido poderosamente con su burlado materialismo, a hacer fatalmente considerable el número de los arrivistas. Tal que es una verdadera lástima.

Aunque son muchos los arrivistas que trabajan y pasan su vida arrestrándose como reptiles en su inmundicia, los medios reprochables de que se valen estos en sus intentos de elevación material van siendo admitidos por la sociedad como legítimos, debido al excesivo uso que de esos medios se hace. La costumbre es una ley. Para las leyes que tienen su origen en costumbres inmorales no pueden servir sino para desmoralizar a la sociedad y colocar en un nivel muy inferior a los sujetos que la componen.

El arrivista, con sus máximas humillaciones, es el que más contribuye a esa inmundicia suprema de la bestia humana. Por eso será peor cuando lagán los hombres consienten por desplazarle de la sociedad.

Ahora bien; creo que sería conveniente, y hasta obligado, modificar bastante nuestra actual organización social para lograr tal desplazamiento.

Porque, ya lo he dicho, el arrivista es un producto de la sociedad actual, y una falsa organización no puede producir sino falsos valores.

Alameda

Debe llamar la atención a todos los trabajadores de este pueblo, a todos aquellos que frecuentan los campos con el sudor de su frente.

¿Por qué esa disparidad y ese confusinismo entre vosotros? ¿Por qué dividirse, siendo todos trabajadores, explotados y explotadores?

Terminad vuestras discordias y fijad el pensamiento en las causas de vuestros males. Reflexionad sobre el pasado y acordados de la esclavitud en que vivieron nuestros abuelos. ¿Qué habréis hecho vosotros para que esta esclavitud no alcance a nuestros hijos?

Dicen que no se puede hablar de rebelión porque el plano humilde está en la recámara del fiscal, presto a hacerle empujar. Certo, muy cierto, pero piensa, compañero, busen por doquier el causante de la perpetuación de tal injusticia. Es inútil que le busques fuera de ti mismo.

Mira a tu compañera, a tu madre, a tu hermana delando irones de vida en el campo, en la fábrica, en el taller. Mira a tus hijos, fieras criaturas que tan pronto pagan el delito de haber venido a este mundo de injusticias. Miralos hambrientos, andrajosos.

Mirado a ti mismo, recuerda que fuiste amarrado al jugo apenas tus hermanos míseros podían mover la herramienta. A pesar de trabajar toda tu vida, ¿has visto nunca cubiertas tus necesidades más potentes?

Mira todo esto y reflexiona. Y luego busca remedio para tus males. No lo hallarás. Mientras vivas aislado de los demás explotados de la tierra contribuirás a eternizar la esclavitud que te mata y cargarás con la enorme responsabilidad de que tus hijos sean tan esclavos como tú.

¿Dónde hallarás el apoyo de otros esclavos que sientan ansias de redención? En la Confederación Nacional del Trabajo, organismo genuino de la clase productora.

«¡Alí te esperan con los brazos abiertos tus hermanos, los trabajadores, para que, en compañía colectiva, podamos arrallar el sistema capitalista, causante de nuestros desdichas.»

José GALINDO

El comparsa

Como en las películas de gran espectáculo, en la vida tampoco falta el comparsa. Pero así como en el escenario puede tolerarse su grotesca figura, en la sociedad del hombre es sencillamente insostenible porque su actuación no es puramente decorativa sino perniciosas.

El comparsa social concierne a los actos públicos que organizan los grandes histriones, para hacer número. De un intelecto más que mediocre y con un concepto de su propia dignidad sólo comprensible en los imbéciles, aparece a hablar cuando alguien inicia los aplausos, sin intentar a comprender si son oportunos o no. Nunca se afere a iniciarlos él porque es incapaz de apreciar el momento propicio y teme hacer el ridículo o merecer censuras. Es muy frecuente oírle repetir las frases de los oradores, como paparrayo, son averlar a descubrir su fondo ni aun la verdadera acepción de las palabras. Incapaces también de pensar nada por sí, piensa por cerebro ajeno y es mauzo como un cordero, a condición de que se le dé un haz de hierba que trisque.

El comparsa pierde por propia voluntad, y aun con singular delecte, su personalidad a cambio de un destínito, cuyo disfrute no le da de impedirle su indiscutible incapacidad.

Es un fenómeno muy común en nuestros días ver hombres que tienen el cerebro en el estómago, y esto es lo que sucede a los comparsas de la vida, los cuales van allá donde se les ofrece un plato de lentejas.

El comparsa se restana fácilmente a probar la vida horricando en infestas porrigas y profundo júbilo entre detritus, mientras que los que le conducen ocupan las más lujosas estancias de la casa y retogen para sí el grano y los frutos más sabrosos y exquisitos de la linera.

El comparsa no se cree con derecho a ese grano y a esos frutos porque, voluntariamente y debido a su incapacidad intelectual, ha renunciado a todo menos a mendigar y a humillarse ante los demás hombres. Su suprema renunciación es una renón para la conquista de los derechos del hombre.

Desgraciadamente, el número de comparsas que infestan la tierra es infinito. El comparsa es pernicioso en la vida, molesto y despreciable, porque atruena el espacio con sus bulidos y levanta nubes de polvo a su paso por el mundo, ya que siempre se le ve en relámpago.

Tampoco faltan comparsas en el gran público. Son éstos, los que juzgan del valor de una obra por el número de personas que acuden en torno a sus principales intérpretes, confundiendo lamentablemente a los comparsas asabridos e inconscientes de la escena con los verdaderos artistas.

A toda suerte de comparsa convendríamos mucho condonarles a trabajos forzados intelectuales, hasta que lograsen hallarse en posesión de una cultura que les permitiera rendirse escaza cuenta de lo que significa la dignidad del hombre, y su verdadero fin en la vida.

Sólo así podría evitarse el ver convertida la comedia humana en una horrible tragedia.

ESPARTACO

Desde Nueva York

¿Quién ha dicho que en Yanquilandia no vivimos en el mejor de los mundos y que la abundancia no queda, sin que nadie le haga caso, porque todo el mundo la tiene, por las calles de sus ciudades, pueblos, villas y aldeas?

Para aquel que haya puesto en duda el bienestar público de los Estados Unidos, cuyo país tenemos la grandísima desgracia de habitar, allá va un botón de nuestra:

MIRÉNDOSE DE HAMBRE EN LAS CALLES DE NEW YORK

«En la esquina de la octava avenida y la calle 12, durante la tarde de ayer, un hombre pobremente vestido y de mediana edad iba volcablemente por las aceras hasta que no pudiendo ya resistir más se desplomó al suelo.»

«Creyéndonlo enfermo o acaso embriagado, un policía que lo observó, llamó a una ambulancia, pero el médico al examinar someramente al hombre, dijo que se trataba simplemente de un individuo que se estaba muriendo de hambre y no de un leudo.»

«Con voz vacilante dijo que hace días que buscaba algún trabajo y que nadie se lo proporcionaba y no teniendo dinero alguno se estaba muriendo de hambre.»

«El desdichado, que dijo llamarse Cristópher Christ, fue conducido al hospital.»

Este moderno Cristo, o Cristo moderno, como cada cual quiera llamarle, merece la condecoración, si la hay, y si no debe darse, de la humildad excesiva y de la cobardía de un enorme. Porque, amárgo, dejarse morir de hambre habiendo tanto y tanto abundante en los almacenes, es imperdonable y apenas sí tiene justificación.

Y mientras todo lo que de la prensa burguesa sacamos, ocurre en Nueva York y otras importantes ciudades de este free land, las riquezas de los filoneros que amanecean la cosa pública, aumentan de día a día, explotando el cuento del escorro a los desocupados. Esto de los desocupados ya se sabe cuáles son y cuáles se benefician: ellos, que nunca trabajaron y que, por tal motivo, pasaron a la categoría de eternos atormentados.

Hablando CLARO